

ro à una edad media de materialismo y ateismo, así como la primera edad media lo fué de metafísica y de fé.

Mas como todavía no estamos enteramente en ella, me permitiré de cir francamente à M. Havet, que es ponerse igualmente fuera de discusion el suprimir ésta; que quien ha obtenido la honra de un elogio como el que le tributa M. Sainte-Beuve, al decir que "és un escritor que sale cada tres ó cuatro años de su retiro y de su silencio para darnos cada vez una obra maestra de crítica en su genero," debe cuidarse algo mas de justificarlo; que, cuando se emplean así tres ó cuatro años para reunir sus pruebas, no se puede alegar, tanto como cualquiera otro, el derecho de escusarse de presentarlas; que vale mas permanecer en este caso en silencio, y que siempre hay tiempo para callar, cuando no se está en situacion de hablar; que si esto es verdad con respecto à toda tésis, por poco que se la niegue ó combata, y sobre la que no se tiene entera obediencia, es incalificable respecto de un mentis dado al Evangelio y à la fé del género humano, dado à la evidencia histórica, à la ciencia misma adormecida, y à una verdad que reúne en su favor todos los partidos.

Sepa, en efecto, que el mismo Strauss conviene en que à fines del siglo segundo despues de J. C. y segun vemos por los escritos de San Ireneo, Clemente de Alejandria y Tertuliano, nuestros cuatro Evangelios eran reconocidos como procedentes de los apóstoles y de discípulos de los apóstoles entre los ortodoxos (1) y que como documentos auténticos sobre Jesucristo, habian sido separados de una multitud de documentos semejantes (2). Hay mas, Strauss conviene con el testimonio de Justino, de Papias y del mismo Celso, en "que han debido formarse la mayor parte de los relatos evangélicos "durante los treinta y algunos mas años" transcurridos entre la muerte de "Jesus y la destruccion de Jerusalem (3);" y en su consecuencia, à vista de los apóstoles, y por ellos à sus discípulos.

¿Y se atreve M. Havet à rechazar los Evangelios, contra tales pruebas mas allá de la generacion apostólica, es decir, hácia el siglo segundo? Fácil es de concebir, que no puede hacer mas que enunciar esto sin probarlo. Pero lo que no se concibe es, que ni siquiera lo enuncie. Es verdad que dice lo que piensa y que sobre todo es libre pensador, y como tal, dispensado de toda prueba, emancipado de la ciencia y de la razon, para emanciparse mejor de la verdad y del Evangelio.

Y aun respecto de esto, no lo está, puesto que admite las *Epístolas* de San Pablo.

Estas epístolas, en efecto, así como los *Actos* que son su relato, suponen por doquier el Evangelio, quiero decir, los hechos sobrenaturales de la vida de Jesus y su doctrina; de ellos están impregnadas estas epístolas, ó por mejor decir, ellas son el Evangelio mismo predicado, y si no existieran los Evangelios podrían sustituirlos. Si pues no se rechazan tambien estas epis-

(1) Y tambien entre los herejes.—Véase San Ireneo.

(2) Strauss, *Vida de Jesus*, introduccion, § 13.

(3) *Ibid.*, *Ibid.*, § 14.

tolas, es decir, la historia misma entera de los orígenes del Cristianismo, no se prueba nada contra la causa cristiana, esta se sostiene en toda su fuerza. Las escrituras del Nuevo Testamento se hallan ligadas entre si con tan fuerte nudo, con tan íntima correlacion, que no puede menos que recibirse-las à todas como auténticas, ó rechazarlas todas como supuestas. En todas ellas se encuentran los mismos hechos y los mismos dogmas. Así, el libro de los *Actos* contiene lo esencial que contienen los Evangelios. Son ininteligibles las epístolas de San Pablo, si no se admiten los Evangelios y los *Actos*. Las epístolas de San Pedro, de Santiago y de San Juan, se refieren manifiestamente à las de San Pablo. Ninguna de ellas, en fin, ni aun la de San Judas, no obstante ser tan corta, dejan de recordar todos los fundamentos del cristianismo, ya respecto de los milagros, ya en cuanto à la doctrina. No es, pues, aquí posible elegir, porque no podría exceptuarse nada que no hiciera revivir todo lo demas. Para esta excepcion seria forzoso romper las tablas de la historia, y aun así, cada uno de sus menores fragmentos reflejaría la divina figura de ese Cristo que es su ley, y no se habria hecho mas que multiplicar sus testimonios.

Hé aquí à lo que se ha opuesto la incredulidad, saliendo de la negativa y arriesgándose à entrar en el terreno positivo de la ciencia y de los hechos. Por mas que diga M. Scherer, hubiera hecho mejor en *continuar eludiendo la dificultad*, y en mantenerse en la irracional negativa à que quiere hacerla volver M. Havet. El público que no tiene tiempo para remover estas cuestiones y que no siempre cree à los hombres particulares, bajo su palabra, hubiera podido creer que habia siempre algo que contestar à los apologistas cristianos, y que el silencio ó el sarcasmo de los espíritus fuertes ocultaba algunas elevadas razones para no rendirse. Pero M. Renan ha desgarrado el velo, presentando desnudo todo lo que puede contestar la incredulidad, es decir, todo lo que no puede ó à que no tiene nada que poder contestar. Ha hecho mas; ha comprometido para siempre su causa por medio de confesiones de que no podrá desdecirse la incredulidad, por mas que se haga, y que arrastran fatalmente à las consecuencias mas monstruosas para la razon y la conciencia, si no vuelven à conducir à la fé.

Hé aquí lo que va à demostrarse mas y mas en la serie de este trabajo.

CAPITULO VIII.

LOS MILAGROS.

Triste tarea es, en verdad, la que nos hemos propuesto: triste para la fé y mas triste para la razon; porque si ofende à la fé la obra que examinamos, al menos la sirve de alguna utilidad, y es una gloria de la fé como dice Pascal, tener por enemigos gente tan falta de razon, y aun viene à demostrarla, vengándola, el perder así el sentido los que la atacan. ¿Pero qué espec-

táculo mas humillante que el de ese miserable estado á que se vé reducida la razon por la impiedad! No parece sino que hacemos aqui un curso de *clínica* intelectual, en el que solo tratamos de instruir á nuestros semejantes, exponiéndoles las enfermedades del entendimiento. Hasta la ironía que nos vemos obligados á emplear con frecuencia para poner mas en claro la falta de razon, redobla mas en nosotros esta tristeza, por la complacencia que supone y que se halla en oposicion con la piedad profunda de que estamos penetrados.

Pero así es forzoso. Para verificar mejor la operacion que hemos emprendido, continuaremos dominando la emociion que nos causa, y á proporcion que la verdad lo exija, nos veremos obligados á humillar para instruir y aun á lastimar para curar.

Hémos aquí en el baluarte de la incredulidad, en lo sobrenatural y en el milagro. Sobre ello no hace la menor confesion ni reconocimiento, todo es resistencia. No hay *poco mas ó menos*, ni *aproximadamente*; es un *nada esencial* como dice M. Havet. Atrinchérase en lo sobrenatural y nos dice: Probad lo contrario. Levántase un muro de imposibilidad, de inflexibilidad científica, y no se quiere ni aun parlamentar ni admitir discusion; ó todo ó nada.

Pues bien; esta exclusiva é intratable resistencia, es solo una prueba de debilidad ó de desesperacion. Nada mas fácil que tener razon sobre esto; y creo poder decir que somos absolutamente dueños de la situacion.

Este baluarte del milagro es nuestro, y la incredulidad ha caido en él; y de tal manera, que todos sus esfuerzos para salir, no harán mas que estrechar el círculo de razon que en él la retiene y la sitia, retorciendo sus propios argumentos. Solamente le quedará un recurso, como de ordinario; el de precipitarse por encima de la razon é ir á estrellarse contra la conciencia; al menos M. Renan que es siempre atrevido en materia de absurdo, porque M. Scherer y M. Havet tendrán el buen instinto de no seguirle, si bien quedarán aprisionados por la verdad.

Esta parte de nuestro trabajo reclama particular atencion, no porque aparezca oscuro, sino por ser nueva su claridad; esperamos que se nos siga en él paso á paso.

I.

Creemos que no es pretender demasiado sacar de prodigios verdaderos y justificados, una simple presuncion de ser admisibles otros prodigios que se hallan en cuestion, pues que esto no es mas que ir de lo conocido á lo desconocido y proceder por analogía.

Si un ser extraordinario, tan extraordinario como por confesion de todos es JESUCRISTO, ha formado dos clases ú órdenes de prodigios, de las cuales vemos una y no la otra; el orden ó la clase de prodigios que vemos, deberá recomendar á nuestra atencion el que no hemos visto, y que solo se apoya en testimonios; porque no ha de haber entre estas dos clases de prodigios,

gios, no solamente relacion de analogía, sino relacion de presuposicion, relacion de medio á efecto?

Pues bien, esto es lo que tenemos en Jesus y en su Evangelio.

En el Evangelio se dice que Jesus mandaba á la naturaleza, que daba vista á los ciegos, oido á los sordos, movimiento á los paráliticos, y que resucitaba á los muertos: esto es lo que no hemos visto nosotros. Pero al mismo tiempo se relata en él que decia á pescadores de las playas de Judea, á un Simon, á un Santiago, á un Juan: En adelante seréis *pescadores de hombres*; y vemos que lo hizo, como lo dijo. Leemos tambien que dijo: *Cuando yo sea elevado de la tierra, lo atraeré todo á mi*, y vemos que lo hizo tal cual lo dijo: *Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*, y vemos que ha sucedido segun lo dijo. Finalmente, leemos que dijo: *Toda potestad me ha sido dada en el cielo y en la tierra; como yo he sido enviado, yo os envío; id, pues, é instruid á todas las criaturas enseñádoles á observar lo que os he mandado, y estad seguros de que estoy con vosotros todos los dias hasta el fin de los siglos*; y vemos que lo ha hecho como lo dijo. Me limito á estos prodigios entre otros muchos. Prodigios duplos, prodigios de hechos y prodigios de prediccion. Nosotros los vemos; desarróllanse y se agrandan aun, desde hace diez y ocho siglos á nuestra vista. Nosotros mismos somos estos prodigios. No es necesaria una comision para justificarlos. El mundo era pagano y se ha hecho cristiano. ¡Cómo! Por una cruz. El mundo ha permanecido cristiano contra todas las sublevaciones del infierno, y se ha conservado aun cristiano. ¿Por quién? Por el sucesor del primer Pedro. El Cristianismo es un milagro, *el mayor de todos*, como lo llama M. Proudhon (1).

Pues bien, yo digo que este milagro, *el mayor de todos*, que estamos viendo, debe predisponer nuestra creencia á favor de los menores milagros evangélicos que no hemos visto; y que el gran Lázaro del género humano, resucitado y andando aun delante de nosotros, debe servirnos de prenda segura del Lázaro de Betania que solo vemos en el testimonio del Evangelio.

Podria decir tambien que vemos á este en aquel, y que seria un milagro mas grande, que hubiera sido el mundo convertido sin milagros. Pero me limito á lo expuesto y entro mas directamente en la cuestion.

II.

En primer lugar, me encuentro con la objecion de la *imposibilidad*, y principio oponiéndole, antes de entrar en racionios, el sentido comun, aquel buen sentido galo de Montaigne: “Es una necia presuncion, dice, ir des-
deñando y condenando como falso lo que no nos parece verosímil; vicio
«comun en los que creen tener una capacidad superior á la general. Con-
»

(1) “Agrégase á esto, el prodigioso establecimiento del Imperio, la maravilla mas grande, antes que llegara á ser el cristianismo *el mayor de todos los milagros*.” (De la justicia en la Revolucion y en la Iglesia, t. III, p. 133.)

«denar así resueltamente una cosa por falsa é imposible, es atribuirse el mérito de tener en la mente los límites y señales de la voluntad de Dios y del poder de nuestra naturaleza, y no hay mayor locura en el mundo que reducir estos á la medida de nuestra capacidad y suficiencia. Cuando leemos en Bouchez los milagros de las reliquias de San Hilario, lo dejamos pasar, porque no es bastante grande su crédito para privarnos de la licencia de contradecirle; pero, me parece una imprudencia singular, condenar de una plumada tales historias.... Es un arrojito peligroso y trascendental, además de la absurda temeridad que en sí envuelve, el despreciar lo que no concebimos: porque despues que habiendo fijado, conforme á vuestro peregrino entendimiento los límites de la verdad y de la mentira, se vé que tenéis que creer necesariamente cosas mas extrañas que las que negais, os veis obligados á abandonarlas (1).»

Ahora racionemos en forma.

¿De qué imposibilidad se quiere hablar aquí? Es forzoso explicarla. ¿Es una imposibilidad de principio, una imposibilidad filosófica? ¿O es una imposibilidad de hecho, una imposibilidad de experiencia, del milagro no justificado?

¿Una imposibilidad y de principio? M. Renan no se atreve á decirlo abiertamente y aun se guarda de ello. Esto sería el ateísmo, según hemos demostrado en el capítulo IV. Pero aunque así se dijera, como hace M. Havet, además de ser forzoso librarse en primer lugar del absurdo del ateísmo, opondríamos el hecho y apelariamos de él al testimonio. Contestariamos como se contestó á aquel filósofo que negaba el movimiento, alegando el hecho, el milagro atestiguado. Diríamos como el ciego de nacimiento, á cuya curacion oponían los fariseos que Jesus era un pecador: «Yo no sé si es pecador, solo sé que yo estaba ciego y que ahora veo.» Jamás ha podido ningún supuesto principio hacer callar á un hecho. Si es cierto el hecho, si se halla justificado el milagro, está juzgado el principio, y desde entonces es hacer concebir una presuncion contra el principio, prejuzgarlo, oponerse á la justificacion del hecho. Jesucristo, que se anunciaba como el Principio, se sometía al hecho, apelaba de él al hecho, al grande hecho de sus milagros. Nadie puede autorizarse mas que él con un principio para sustraerse al hecho.

(1) Ensayos, lib. III, cap. XI. Causa placer este elevado é ingenioso buen sentido, el cual ha perdido la tradicion francesa, gracias á las extravagancias del libro pensamiento. Y no hay que decir que fuera Montaigne un espíritu débil. «Yo soy pesado y me atengo á lo sólido y verosímil, dice en este capítulo. Veo que se incomodan y me mandan dudar de ello, amenazándome con injurias execrables; ¿nuevo modo de persuadir! Pero gracias á Dios, no se trata á golpes á mi creencia. Se necesita una claridad luminosa y límpida para matar á la gente; y es nuestra vida sobrado real y esencial para afianzar estos accidentes sobrenaturales y fantásticos.»—Pascal hace sobre esto la siguiente reflexion: «¿Cómo odio á los que dudan de los milagros! Montaigne habla de ellos, como debe en dos pasajes: «en el uno se vé cuánta es su prudencia, y no obstante, cree en el otro y se burla de los incrédulos.»—Así harán todas las gentes sensatas.

Si no se nos opone una imposibilidad de principio, sino una simple imposibilidad de experiencia de hecho, entonces se allana la dificultad y desaparece, y no hay imposibilidad propiamente dicha. M. Renan conviene en ello: «No decimos nosotros, dice, que es imposible el milagro, sino que no ha habido hasta ahora un milagro justificado ó aprobado.» En este caso contestamos nosotros, procedamos á su justificacion, á la informacion, á la apreciacion de las pruebas y de todos los elementos de conviccion. Oigamos el testimonio de los Evangelios cuyo carácter directo de autenticidad y de credibilidad habeis reconocido.

De ninguna manera, se replica, ese testimonio es evidentemente falso, aunque verdadero en general; falso de toda necesidad por el solo hecho de tratarse en él de milagros y de tener el milagro en contra suya, no ya una imposibilidad de principio, sino una imposibilidad de experiencia constante: la inflexibilidad del régimen de la naturaleza. «Este gran resultado no proviene en efecto, del raciocinio, sino del conjunto de las ciencias. No hay sobrenatural. La noción de lo sobrenatural, con sus imposibilidades, apareció desde el día en que nació la ciencia experimental de la naturaleza.» Tratar de explicar por leyendas los Evangelios «no es, pues, mutilar los hechos, es partir de la teoría, es partir de la misma observacion de los hechos, es partir de la grande experiencia, partir del hecho, pero de un hecho tan universal, tan constante, que se eleva á la altura de un principio. «Nosotros mantendremos, pues, el principio de crítica histórica de que no puede admitirse un relato sobrenatural como tal, que implica siempre credulidad ó impostura; que el deber del historiador es interpretarlo é investigar qué parte de verdad, qué parte de error puede ocultarse en él [1].

Hé aquí la objecion que se nos opone, la fortificacion, tras la cual se atrincheran nuestros contrarios. Creemos haberla expuesto fielmente, y aun hemos tratado de presentarla con todo su aplomo.

Pues bien, no es otra cosa que el mas pobre sofisma, para deshacer el cual basta un solo soplo. Pero antes, dejémoslo en pié un momento, y demostremos, que aunque fuera tan verdadero como es falso, no sería insuperable al testimonio de los Evangelios.

Pare serlo, en efecto, sería necesario que fuera absoluto ese régimen general de la naturaleza; pero según vosotros, solo es general, constante, no siendo el principio, sino de simple experiencia. Ahora bien, por raro, por extraordinario que sea el milagro relativamente á ese régimen general, no es imposible, vosotros lo habeis dicho, y no podeis desdeciros sin envolveros en dificultades mucho mas graves. Es, pues, un hecho que hay que apreciar en sus testimonios; y la verdad de un hecho no lo es en razon de la frecuencia con que acontece, sino en razon de su realidad. Si es real, aunque fuera único, es tan creíble como el hecho mas múltiple y constante. Añadiré además, que lejos de disminuirse su verosimilitud por su rareza ó poca frecuencia, es por lo contrario, una condicion, tratándose de un milagro, que no es tal, sino precisamente porque se sale de la esfera de lo ordinario

(1) Vida de Jesus, passim.

que se le opone, del *régimen general de la naturaleza*. Finalmente, diré que cuanto mas os afirméis en ese régimen general de la naturaleza, menos debéis temer que llegue este hecho escepcional y particular, que no puede menos, segun vosotros, de chocar con él. Si tiene que ser precisamente falso, debe ser falso su testimonio, y entonces ¿por qué no demostrar esta falsedad? ¿por qué no confundirla? ¿Qué digo? ¿por qué falsear el testimonio y tomar sobre sí la falta que se le atribuye? ¿Qué! ¿teneis el mérito de la verdad y os atribuis gratuitamente el demérito de la novela! ¿Y contra quién? ¿contra lo que llamais la leyenda!..... ¿Os constituís juez falso de un supuesto testigo falso! ¿Cuando deberiais estrecharle con preguntas y careos, le cerrais los labios y huis de mirarle cara á cara! ¿Qué digo! ¿alterais su declaracion! En una palabra, ¿representais su papel, llegando á convertirse él en vuestro juez y en vuestro acusador!!!

Convenid en que de este modo, agregais á la confesion de la autenticidad y de la credibilidad de los Evangelios, un argumento singularmente confirmativo. ¿Hasta qué punto es preciso que sea verdadero el Evangelio y sean reales los hechos sobrenaturales que refiere, puesto que no podeis daros razon de ellos sino es *combinando y acariciando los textos hasta que lleguen á correlacionarse y á suministrar un conjunto* negativo?

Al fin lo comprendéis y ensayais discutir sobre el milagro de Lázaro. ¿Y qué conseguís con esto? Cubriros de ridículo, y que os desconozcan M. Scherer y aun M. Havet. ¿Y qué otra prueba no dais con esto de la verdad de los milagros evangélicos: ¿verdad tal, que es forzoso huir de ella ó estrellarse contra ella!

En breve volveremos á encontrarnos en este terreno. Por ahora, no podria dejarnos mas tiempo en posesion del sofisma que deducís de la *inflexibilidad del régimen general de la naturaleza*, á pesar de todas las ventajas que me procura contra vos.

¿Qué es esta inflexibilidad del *régimen general de la naturaleza*, que es esta *ciencia experimental de la naturaleza* con la que forma M. Renan como una línea aduanera para impedir que pase el milagro? Es una verdad falseada en su aplicacion.

Es una verdad, en efecto, de tal suerte, que la retengo para invocarla ahora mismo contra el autor de la *Vida de Jesus*, que despues de haber abusado de ella, va á desconocerla y á violarla.

Es verdad que la naturaleza sigue una ley constante, y cada ser en sí mismo, así como en sus relaciones con los demas seres, y todos en este vasto conjunto que presenta la creacion, ofrecen una regularidad solemne, un régimen invariable en su maravillosa variedad. Es cierto que la ciencia experimental de la naturaleza ha descubierto gran número de leyes que constituyen este orden magnífico, y que el universo aparece como un sistema fijo y terminado de que no se aparta la naturaleza. Esto es cierto, y muy cierto.

¿Pero qué tiene que ver esto con la cuestion de lo sobrenatural?

Efectivamente, la naturaleza es inflexible en su *orden*, en su *régimen*. La ciencia que lo consigna es la ciencia de la *naturaleza*, la ciencia de los fenómenos *naturales*. Y siendo así, ¿qué significa vuestra objecion? Sig-

nifica que la naturaleza es siempre fiel á sí misma, que en la naturaleza, que *naturalmente*, no ven los ciegos, no resucitan los muertos, son impenetrables las profundidades del porvenir á toda prevision humana. Esto es cierto, sin duda alguna: las leyes de la muerte y del tiempo, son inflexibles é inexorables.

Y el avariento Aqueronte
No suelta jamas su presa.

¿Pero es esto de lo que se trata? ¿Pretendemos nosotros que resucitara Lázaro *naturalmente*? ¿No se trata aquí de fenómenos *sobrenaturales*, de *milagros*, que solo son tales y solo justifican la intervencion de un ser superior, precisamente porque es naturalmente inflexible la naturaleza, y porque cuando cede, proclama la accion sobrenatural de un Criador?

Los milagros son modificaciones de las leyes de la naturaleza. Para que fuesen imposibles aquellas modificaciones, seria necesario que estas leyes fuesen *necesarias*; es decir, que hallase el entendimiento contradiccion en concebir que hubieran podido ser otras que las que son. Ahora bien, las leyes de la naturaleza son constantes, pero no son *necesarias*. No implica contradiccion que hubieran podido ser diferentes; por ejemplo, que en lugar de ser la vida de un hombre de cien años á lo mas, hubiera sido de mil, ó que hubiera sido inmortal esta vida, ó que despues de haber abandonado el cuerpo volviera naturalmente á él; que la procreacion se operase por la muger sola, que no fueran los cuerpos impenetrables ó ponderables, etc. Todo esto hubiera podido ser, y en tal caso, si se verifican accidentalmente las cosas que son en la actualidad, la corta duracion de la vida del hombre, la muerte, la generacion, la ponderabilidad, la impenetrabilidad, etc., se hubieran considerado estas cosas como otros tantos milagros. El mismo estado actual de cosas, que llamamos *naturaleza*, no fué en su origen mas que efecto de un milagro, y del mayor de todos los milagros, el de la *creacion*. Su conservacion es tambien un milagro continuo que no tiene otro principio ni otra regla que la sabiduria del Ser Supremo, que sostiene esta grande obra por encima de la nada de donde la sacó. Segun esto, todo el mundo concibe que no siendo lo que llamamos *milagro*, sino una modificacion en la creacion, es decir, un milagro menor en este gran milagro, no puede ponerse en duda su posibilidad. Es manifesto que el mismo poder que ha criado y que cria todos los dias, conservando, puede tambien modificar.

Si se niega este poder, diré que lo prueban los milagros, y que con esta negacion se da ó presenta la razon misma de los milagros.

Los milagros, en efecto, eran los únicos medios de notificar á los hombres olvidadizos y perversos, la existencia y la intervencion del Criador. En el estado natural de las cosas, no se revela Dios á nosotros por medio de sus obras. Su lenguaje es la creacion. Era, pues, conforme á este primer estado de cosas, que queriendo revelarse mas particularmente á su criatura, obrase mas particularmente como Criador, y como fuera de la naturaleza existente no podia verificar actos de Criador sino por medio de actos *sobrenaturales*, de milagros, estos actos extraordinarios de creacion eran los únicos medios de revelacion extraordinaria del Criador. No siendo los hechos